



"CHAÑARCILLO", su gran obra, llevada al teatro y al cine. En esta fotografía aparecen Héctor Agullar,

"El Chicharra", y Mario Bustos, "El Suave", por los caminos del verdadero Chañarcillo.

378958

"Chañarcillo" y sus obras...

Esa costumbre tan suya de husmear y sondear en la existencia humilde y anónima de los desamparados, unida al hecho de haber tenido a su cargo la crónica roja de la revista "Sucesos" durante ocho años, desde 1919 a 1927, le proporcionaron un material inagotable de temas, sugerencias y motivaciones, para desarrollar su producción teatral y sus artículos de prensa. En la imposibilidad evidente, por razones de espacio, de intentar siquiera un somero análisis de su cuantiosa producción escrita, me limitaré a dar una mención escueta de sus diversas clases de obras, reservando una ligera mención aparte para dos de ellas, por razones que se verán más adelante. Novelas: "La raza fuerte", "Piedra azul", "La hija de todos", teatro: "Almas perdidas", "La canción rota", "Irredentos", "Ha salido el sol", "En el rancho", "Cardo negro", "Por el atajo", "El vino triste", "Camino de flores", "Chañarcillo", "Cain", "El salmo de la vida", "De pura cepa", "El dueño", "Carcoma", "María Luisa". La simple enumeración en ningún caso queda completa. Fue mucho más copiosa.

Dos de sus dramas, "Almas perdidas", "Y "El árbol viejo", merecieron los honores de una adaptación cinematográfica, en 1923 y 1944, respectivamente. La mención recién hecha de la película "Árbol viejo" que tuvo por intérprete principal al recordado actor Enrique Barrenechea, me trae nuevamente a la memoria, en estos momentos, el recuerdo de una sorpresa muy grata experimentada hace ya muchos años. En el mes de julio de 1945 durante una de mis permanencias de vacaciones —que ya empezaban a hacerse habituales— en Rosario de Santa Fe, la segunda ciudad argentina, el gran puerto fluvial sobre el Paraná, encontré un día, inesperadamente el cartelón de un cine

pensarlo dos veces, me encaminé hacia el diario "La Capital" amable hogar periodístico en donde ya era conocido desde hacía dos años, y allí, en su sala de redacción, improvisé una apretada nota informativa, tan extensa y prolija como lo permitían las circunstancias, destinada a dar a conocer mejor al público rosarino la personalidad del autor a quien pertenecía el tema desarrollado en el film próximo a estrenarse, junto con el extraordinario valor y sentido social de su producción artística y, en forma específica, de la pieza dramática que había sido llevada al celuloide en estudios de nuestro país. Con ese sencillo y espontáneo gesto, desde la distancia, tributaba un modesto homenaje al recordado amigo ausente.

"Chañarcillo" fue estrenado y mantenido por largo tiempo en cartel por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, origen y antecesor del actual ITUCH, con un éxito pocas veces visto en los medios teatrales del país. La función de estreno significó más que un homenaje una verdadera apoteosis para el autor. El público reclamó y exigió su presencia en el escenario para ovacionarlo de pie, como en los viejos tiempos de 1914 o 1915, cuando recién se daba a conocer en los teatros de barrio de Santiago. Efectivamente, su primer estreno con la obra "El inquilino" tuvo lugar en diciembre de 1914, en el Teatro Coliseo, y alcanzó numerosas representaciones. Al año siguiente en 1915, se puso en escena otro drama, "En el rancho" también basada en la obscura vida de inquilinos y gañanes, que él conocía tan a fondo. Esta vez el éxito fue mucho mayor. Se dio repetidas veces, y siempre con un lleno completo, en la mayoría de los teatros existentes en Santiago, por esos años. En uno de ellos, que no recuerdo bien si fue en el Exelsior o en el Imperial, la emoción fue tan grande que el público asistente dio en

intervenir la policía y hacer evacuar el teatro, para evitar un mayor desborde de efervescencia masiva.

Una cruel enfermedad ensombreció sus últimos años. Se trataba de una de las formas que presenta la arterioesclerosis, la que derivó en una pérdida progresiva de la memoria, hasta terminar en una amnesia total. Tal vez sea esa la forma más penosa en que pueda aborregar y derrumbar a un ser humano, pues de esa dolencia resultaron para él situaciones muy molestas y hasta bochornosas, como el caso de aquel deplorable percance en que fue detenido por vago y llevado a una comisaría algo cercana a su casa. No portaba documentos ni pudo identificarse de palabra, precisando su domicilio, pues a esas alturas de su vida, pasados ya los setenta años había perdido totalmente la memoria.

Antonio Acevedo Hernández fue, ante todo, un sentimental, de muchas facetas; un alma múltiple, sombría y doliente, generosa y bella. El acento general de su mensaje artístico presenta rasgos muy característicos que, por la profundidad de su penetración psicológica, lo asemejan mucho a ciertos autores que fueron también, en su ámbito, grandes pintores de almas. Es algo que lleva a pensar, inevitablemente, por natural analogía en Dostoiewsky en Dickens, en Sudermann o en Romain Rolland. La piedad fue el ingrediente obligado de toda su producción artística. La sintió y la puso en evidencia, en un grado muy intenso y fervoroso, por la vida misma, que busca a tientas su camino; por el hombre y la mujer cuya fatalidad es el sexo; por nuestro pueblo más indigente y olvidado, cuyas taras son la miseria y la ignorancia. Por todo ello, fue, en suma, un intérprete y un portavoz del dolor ignorado de los humildes. Para éstos, entregó y prodigó siempre lo mejor de sí mismo: su vasta

"Chañarcillo" y sus obras...

Esa costumbre tan suya de husmear y sondear en la existencia humilde y anónima de los desamparados, unida al hecho de haber tenido a su cargo la crónica roja de la revista "Sucesos" durante ocho años, desde 1919 a 1927, le proporcionaron un material inagotable de temas, sugerencias y motivaciones, para desarrollar su producción teatral y sus artículos de prensa. En la imposibilidad evidente, por razones de espacio, de intentar siquiera un somero análisis de su cuantiosa producción escrita, me limitaré a dar una mención escueta de sus diversas clases de obras, reservando una ligera mención aparte para dos de ellas, por razones que se verán más adelante. Novelas: "La raza fuerte", "Piedra azul", "La hija de todos", "teatro: "Almas perdidas", "La canción rota", "Irredentos", "Ha salido el sol", "En el rancho", "Cardo negro", "Por el atajo", "El vino triste", "Camino de flores", "Chañarcillo", "Cain", "El salmo de la vida", "De pura cepa", "El dueño", "Carcoma", "María Luisa". La simple enumeración en ningún caso queda completa. Fue mucho más copiosa.

Dos de sus dramas, "Almas perdidas", "Y "El árbol viejo", merecieron los honores de una adaptación cinematográfica, en 1923 y 1944, respectivamente. La mención recién hecha de la película "Árbol viejo" que tuvo por intérprete principal al recordado actor Enrique Barrenechea, me trae nuevamente a la memoria, en estos momentos, el recuerdo de una sorpresa muy grata experimentada hace ya muchos años. En el mes de julio de 1945 durante una de mis permanencias de vacaciones —que ya empezaban a hacerse habituales— en Rosario de Santa Fe, la segunda ciudad argentina, el gran puerto fluvial sobre el Paraná, encontré un día, inesperadamente, el cartelón de un cine muy céntrico, en el que se anunciaba el estreno de esa película chilena. Apenas repuesto de la sorpresa, sin

pensarlo dos veces, me encaminé hacia el diario "La Capital" amable hogar periodístico en donde ya era conocido desde hacía dos años, y allí, en su sala de redacción, improvisé una apretada nota informativa, tan extensa y prolija como lo permitían las circunstancias, destinada a dar a conocer mejor al público rosarino la personalidad del autor a quien pertenecía el tema desarrollado en el film próximo a estrenarse, junto con el extraordinario valor y sentido social de su producción artística y, en forma específica, de la pieza dramática que había sido llevada al celuloide en estudios de nuestro país. Con ese sencillo y espontáneo gesto, desde la distancia, tributaba un modesto homenaje al recordado amigo ausente.

"Chañarcillo" fue estrenado y mantenido por largo tiempo en cartel por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, origen y antecesor del actual ITUCH, con un éxito pocas veces visto en los medios teatrales del país. La función de estreno significó más que un homenaje una verdadera apoteosis para el autor. El público reclamó y exigió su presencia en el escenario para ovacionarlo de pie, como en los viejos tiempos de 1914 o 1915, cuando recién se daba a conocer en los teatros de barrio de Santiago. Efectivamente, su primer estreno con la obra "El inquilino" tuvo lugar en diciembre de 1914, en el Teatro Coliseo, y alcanzó numerosas representaciones. Al año siguiente en 1915, se puso en escena otro drama, "En el rancho" también basada en la obscura vida de inquilinos y gañanes, que él conocía tan a fondo. Esta vez el éxito fue mucho mayor. Se dio repetidas veces, y siempre con un lleno completo, en la mayoría de los teatros existentes en Santiago, por esos años. En uno de ellos, que no recuerdo bien si fue en el Exelsior o en el Imperial, la emoción fue tan grande, que el público asistente dio en pedir y exigir, con verdadero frenesí, que la obra se repitiera en seguida esa misma noche. Hubo de

intervenir la policía y hacer evacuar el teatro, para evitar un mayor desborde de efervescencia masiva.

Una cruel enfermedad ensombreció sus últimos años. Se trataba de una de las formas que presenta la arterioesclerosis, la que derivó en una pérdida progresiva de la memoria, hasta terminar en una amnesia total. Tal vez sea esa la forma más penosa en que pueda aherrojar y derrumbar a un ser humano, pues de esa dolencia resultaron para él situaciones muy molestas y hasta bochornosas, como el caso de aquel deplorable percance en que fue detenido por vago y llevado a una comisaría algo cercana a su casa. No portaba documentos ni pudo identificarse de palabra, precisando su domicilio, pues a esas alturas de su vida, pasados ya los setenta años había perdido totalmente la memoria.

Antonio Acevedo Hernández fue, ante todo, un sentimental, de muchas facetas; un alma múltiple, sombría y doliente, generosa y bella. El acento general de su mensaje artístico presenta rasgos muy característicos que, por la profundidad de su penetración psicológica, lo asemejan mucho a ciertos autores que fueron también, en su ámbito, grandes pintores de almas. Es algo que lleva a pensar, inevitablemente, por natural analogía en Dostoiewsky en Dickens, en Sudermann o en Romain Rolland. La piedad fue el ingrediente obligado de toda su producción artística. La sintió y la puso en evidencia, en un grado muy intenso y fervoroso, por la vida misma, que busca a tientas su camino; por el hombre y la mujer cuya fatalidad es el sexo; por nuestro pueblo más indigente y olvidado, cuyas taras son la miseria y la ignorancia. Por todo ello, fue, en suma, un intérprete y un portavoz del dolor ignorado de los humildes. Para éstos, entregó y prodigó siempre lo mejor de sí mismo: su vasta inteligencia, su honda simpatía humana, su enorme sensibilidad, su propia vida.

Los duros comienzos

Sus comienzos en Santiago fueron durísimos, como tenían que serlo para un muchacho sin recursos y sin poseer un oficio determinado. Podemos pasar por alto muchos detalles de su nueva odisea, y limitarnos a expresar que, después de meses de angustias y de privaciones, pudo encontrar un trabajo como ayudante de carpintero, que le permitía leer con tranquilidad en las horas desocupadas y que fue el comienzo de su redención definitiva, en el aspecto material de la existencia. Entretanto, corría el año 1903. Más tarde sería reportero, redactor y columnista en diversos diarios y revistas de la capital del país, hasta llegar a destacarse como un escritor de asombroso fecundidad.

Su actividad de escritor comenzó en 1911 y se prolongó, aproximadamente, hasta 1956. Acevedo escribió y publicó versos, novelas, cuentos policiales, dramas, y una infinidad de crónicas periodísticas. Pero su fuerte fue siempre el drama.

Su vida de sufrimientos, sus experiencias en carne propia de la injusticia social, de la arbitrariedad y prepotencia de los poderosos, de la desigualdad efectiva de oportunidades para los desposeídos; de las oscuras perspectivas para el futuro del país, no fueron suficientes, sin embargo, para inducirlo a adoptar una ubicación o matrícula política partidista "de avanzada", esa vulgar y manida postura en que han caído tantos hombres de verdadero talento y de condiciones humanas de excepción. Porque comprendió sobradamente que el drama de su existencia no era lo único que importaba en el mundo de su tiempo, prefirió captar y exponer la desgracia de muchos, de cuantos ejemplos podía observar, bien fuera a su alrededor mismo o en cuantos sitios y ambientes hacia donde podía dirigir su inquieta y aguda sensibilidad, hacia todas las vidas que sangran más allá de nuestros ojos. Su protesta social prefirió llevarla a las páginas del libro y a las columnas

de la prensa y, por sobre todo, al teatro.

Fue por esa opción que, como si sus propios sufrimientos no fueran ya suficientes, Acevedo se saturó en la desgracia ajena, sintió herida su pupila con mil dramas y sintió también, muy adentro la rebeldía sugestiva del hombre de ideales, del hombre de bondad innata. Llevado por esos ideales, buceó fuertemente, con valentía y real penetración, en los tipos crepusculares, en los aspectos sórdidos de la gran ciudad, en la vida del suburbio y de los bajos fondos santiaguinos, en el ambiente corrupto de los tinglados. No le importó, por ello, desnudar a los seres humanos, mostrar sus bajezas, enfrentar sus contrastes, rodar por los ambientes más lúbrigos y tenebrosos. Es por eso que toda su obra dramática, en forma más eminente, está impregnado de una fuerte marca depuradora. En todas proyecta sus ideales de renovación, sus ansias de mejoramiento social.